

¡Heróicos hijos de Nuevo-Leon y Coahuila! vereis en este documento rasgos de crueldad que sobrepujan en mucho á los que cometen con frecuencia en nuestro territorio los mismos salvajes; vereis al alto clero celebrando ésa carnicería con *Te Deum* y misa de gracias en el templo de Dios, á ese clero que en lugar de ser la *sal* y la *luz* del mundo, de usar de la palabra como de la única espada que le fuera concedida, de la persuasion y del ejemplo como suficientes poderes para ejercer su ministerio, se ha hecho responsable de la guerra y de sus infernales consecuencias engendrándola con sus escritos sediciosos y toda clase de maquinaciones, y sosteniéndola con el sagrado tesoro destinado exclusivamente al culto divino. Hé aquí de bulto los funestísimos resultados de la independencia de la Iglesia tal como la entienden sus ministros y de los bienes de ésta segun el uso que de ellos hacen. ¿Es este por ventura el sacerdocio cristiano? ¿es este el poder que derribó los altares del paganismo? ¿son éstos los ministros de la moral purísima del evangelio, de aquel manso Cordero que en sus agonías rogó por sus verdugos?... Apelamos á la conciencia del mundo entero testigo del sin número de males que á pretesto de religion ha causado á este pobre país la mano clerical, primero oponiéndose á su independencia y después á todo avance en el orden político que directa ó indirectamente afecte sus privilegios y tienda á ceñirlo á la espiritualidad de su mision: sobre todo, apelamos á Dios, cuya santa mirada precipita en los abismos la hipocresía y el sofisma, armas diabólicas con que el clero ha inundado en un lago de sangre á la generosa Nacion á quien debe riquezas y honores y una veneracion de que es indigno desde el momento en que se hizo culpable.

Un grito de indignacion universal se ha alzado en la República contra los asesinos de Tacubaya, y ademas de las angustias y compasion que ha suscitado en los corazones honrados, despréndese una enseñanza saludable de la misma atrocidad del acontecimiento, una luz infalible, de que la causa liberal excluyendo toda personalidad, entraña un principio justo derivado de las fuentes de la verdad: solo que para triunfar en esta vez le faltaban mártires, y los ha tenido en gran número: faltábale una escena grande por el infortunio y solemne por las circunstancias para acrisolarse y hacer patente su inmensa superioridad respecto de sus enemigos, y esa escena tuvo lugar el día 11: allí se vió en la frente de las víctimas reflejarse la santidad de la causa liberal y la heroicidad de los que dieron su vida en prueba de la bondad de esa misma causa y de la inmortalidad de los gérmenes que en cierra; y se vió también toda la bajeza de los asesinos que decretaron y ejecutaron aquella matanza y las dos infernales furias que no se han saciado con la sangre que han vertido en 46 años,

el fanatismo clerical y la tiranía militar unidas como la pantera y la hiena hambrientas. ¡Que esta sangre inocente caiga sobre la cabeza de los malvados que la vertieron y que Dios descargue su divina justicia en castigo de los asesinos!

El impreso á que nos hemos referido, es el siguiente.

MAS SOBRE LOS ASESINATOS DE TACUBAYA.

.... *Vox sanguinis fratris tui
clamat ad me de terra.*

.... *Maledictus eris super ter-
ram, quae aperuit os suum, et
suscepit sanguinem fratris tui
de manu tua.*

GEN. CAP IV.

I.

El efimero triunfo que el partido que hipócritamente se llama defensor de la religion alcanzó en Tacubaya el 11 de Abril, ha llenado de luto y de consternacion á las clases todas de la sociedad, porque ese partido ha escedido á sus antecedentes históricos de crueldad y de odio, de rencor y de barbarie, y con su espantosa y cobarde iniquidad, ha dejado muy atrás á la faccion de Concha y Calleja y Bataller, á la faccion de Facio, de Picaluga y Alaman, y ha hecho caer de los ojos de unos cuantos ilusos la venda del engaño, mostrándose la reaccion á toda luz, no solo vengativa é implacable, sino salvaje é impía, y hoy nadie cree que una turba de sicarios, de verdugos y de asesinos pueda defender la religion sublime de amor y de piedad, traída al mundo por el mártir del Calvario.

En vano, en vano el crimen se ha perpetrado tras la confusion de una batalla, en medio de la soledad y las sombras de la noche, en lomas despobladas; en vano se quiere envolver el hecho en el misterio callando hasta el nombre de las víctimas; en vano se quiere ahogar la voz dolorida y espirante de estos mártires con el clamoreo de las campanas, con pompas oficiales, con guirnaldas y coronas de flores, con *Te Deum* y misas de gracias, que son una nueva profanacion del Templo de Cristo; en vano se anuncia á media voz el sacrificio: el mundo entero sabrá toda la verdad, y la execracion del género humano caerá sobre los monstruos, que para saciar su sed de sangre, han cometido un

atentado que no registran ni las páginas mas sombrías de la historia de los tiranos.; Ah, no! lo que habeis hecho no lo hicieron ni los Calígulas ni los Nerones, no se vió ni en los tiempos mas calamitosos; no lo hizo tampoco la misma Inquisicion, porque parece que á todos los verdugos de las naciones, á todas las fieras que han sido azote de los pueblos, les quedó algun resto de humanidad; algo de hombres en las fibras del corazon, y solo vosotros, los que os decís soldados de la religion, no sentís horror á la matanza, al esterminio, y no conoceis ni ese pudor del facineroso para buscar un pretexto á su delito!

Seguid, seguid felicitándoos mutuamente, dandoos recompensas porque habeis sido asesinos, insultando al Criador con vuestros sacrilegos votos de gracias, parodiando á los héroes triunfadores, preparándoos agasajos de mugeres fanáticas, que olvidando la ternura de su sexo, se trasforman en Euménides paganas, en furias que se gozan con la sangre; todo esto no importa: en medio de vuestro triunfo todos ven en vuestras frentes la señal de Caín el fratricida; y vuestras bandas y trofeos están manchados de sangre; pero no de esa sangre que se vierte en las batallas, sino de esa sangre inocente derramada cobardemente por asesinos. Sí, asesinos son los héroes de esta jornada funesta; asesinos son Márquez y Miramon; asesinos todos sus cómplices, y no parece sino que el clero reclama su parte de complicidad, cuando en los templos, en que ha establecido sus mostradores y tarifas para vender las gracias espirituales y pagar la opresion de los pueblos, se apresura á entonar himnos de gozo en honor de los verdugos. No, no son estos sacerdotes discípulos de Cristo, supuesto que no resuena en sus oídos la terrible voz del Señor: „Maldito serás sobre la tierra, que abrió su boca para recibir la sangre de tu hermano derramada por tu mano.”

Somos mexicanos, somos cristianos, somos hombres, creemos en la ley del progreso y de la perfectibilidad humana, y por esto quisiéramos que se pudieran borrar de la historia los atentados que acabamos de presenciar; pues ellos son tales, que cuando se sepan en el mundo, se pondrá en duda la proverbial magnanimidad de nuestros compatriotas y su filantrópico carácter; se creará que á estas regiones no ha penetrado la luz del cristianismo, y que en nuestras guerras civiles los que combaten á las puertas de la capital, son tribus mas salvajes que los apaches y comanches; pero no, no es el país el culpable, precisamente queremos vindicarlo, y que la mancha del crimen caiga sobre sus autores: *suum cuique*.

No es el gobierno de la República el que se complace en bañarse en sangre; no es tampoco un partido político; no es el ejército nacional. No, mil veces no; el país no ha consentido

en darse un gobierno compuesto de truhanes, tahures, ladrones y asesinos. Una faccion inmunda ha asaltado el poder en la capital; pero esto no es gobierno, es una camarilla compuesta de las heces de los garitos, de la escoria de los cuerpos de guardia y de las sacristías. No, no hay en México un partido político, cuyo dogma sea el asesinato; los que azotan á las mugeres, los que fusilan á los heridos, los que niegan un confesor á los moribundos, los que asesinan á los médicos y á los niños y despues insultan á sus cadáveres, no forman, no, ni pueden formar una comunión política; forman, sí, una turba de malhechores que asoldada de los interesados en los abusos, intentan volver el país á la barbarie. No, no es el ejército nacional el culpable de estos crímenes; el soldado mexicano fué siempre noble y generoso en la victoria; el ejército que consumió la independencia, que sostuvo la libertad y defendió la integridad del territorio, si fué valiente en el combate, miró como hermanos á los vencidos y no confundió la lucha leal y magnánima con el asesinato proditorio. El general Bravo perdonando á seiscientos prisioneros españoles el dia en que su padre era fusilado, es el ejemplo que al mundo puede dar de magnanimidad nuestra historia. Convertir al soldado en verdugo y en asesino, estaba reservado á Márquez, Miramon y Mejía!!!

Doloroso, pero preciso es narrar los crímenes del 11 de Abril, siquiera para poder salvar al país de toda responsabilidad, y para provocar contra sus autores el odio y el horror de todos los corazones humanos y cristianos. No lanzamos un grito de venganza, no queremos suscitar represalias, no somos amigos de la ley del talion; hemos deseado siempre la completa abolicion de la pena de muerte, y así no pedimos ojo por ojo, diente por diente, sangre por sangre. . . . ¿Y para qué? Las víctimas perdonaron á sus verdugos y tuvieron para ellos palabras de paz y de salud: los verdugos temblaban y los sacrificados estaban serenos.

No, no pedimos venganza: ¿habrá quien libre á los culpables del desprecio y del anatema universal? ¿no tendrán siempre delante de los ojos un velo de sangre? ¿no tendrán siempre en el oído el estertor del moribundo, los gritos del que mal herido espiró á culatazos, el lamento de la viuda, el llanto de la madre, las maldiciones del huérfano? ¿dónde habrá un castigo mas terrible que la propia conciencia? ella les dirá sin cesar ahora y mientras vivieren: „¡malditos sois en la tierra que abrió su boca para recibir la sangre de vuestros hermanos, cobardemente asesinados por vosotros!” Esto basta.

II.

Entremos en la narracion de los hechos; pero antes haremos una

reflexion y un recuerdo que forma contraste con los hechos que acaban de pasar.

Deseando como cristianos y como filósofos la total abolicion de la pena de muerte, sabemos, sin embargo, que una fatal necesidad ó mas bien una tímida preocupacion la conserva en vigor en la legislacion de casi todos los pueblos. No es, pues, este el momento de combatir la pena capital, puesto que lo que ha pasado, no ha sido una pena, puesto que no ha habido juicio, ni acusacion, ni defensa, ni audiencia, ni testigos, ni pruebas, ni identificacion de personas, ni nada que cubriera al menos las apariencias; ha habido solo una orden de Márquez y de Miramon para matar á hombres indefensos, de los que la mayor parte no podian ser ni prisioneros de guerra, y esta orden ha sido ejecutada por oficiales indignos, por una soldadesca desenfrenada.

Peró suponiendo por un momento que las ejecuciones fueran consideradas como la aplicacion de una pena: ¿es una faccion la que puede dictar leyes penales contra los defensores del orden legal? ¿Puede el rebelde juzgar y condenar al ciudadano que fiel á su deber combate en favor de la legitimidad?

Todavía, dando algun valor á las llamadas leyes, del tiempo de Zuloaga, ¿se ha cumplido con ellas? esas leyes bárbaras y draconianas como són, no prescriben el asesinato.

Si la reaccion por sus inspiraciones, que afecta recibir de lo alto, cree culpables á los militares que cayeron prisioneros, ¿qué código, qué ley, que razon, qué pretesto puede presentar para declarar reo de muerte al médico estrangero que, ageno en nuestras disensiones, ejercía su profesion curando á los heridos? ¿Por qué es reo de muerte el jóven estudiante, que solo por servir á la humanidad y por amor á la ciencia alivia las dolencias de hombres que padecen? ¿Por qué es reo de muerte el hombre pacífico á quien se arranca del hogar doméstico, sin saber siquiera si ha tenido parte en la contienda civil? ¿Por qué son reos de muerte niños transeuntes que se detienen en un campo de batalla? ¿Por qué? Porque la reaccion tenia sed de sangre, porque una vez que la opinion la rechaza, ella quiere afirmarse por medio del terror é intimidarla con patibulos. ¡Funesto error! ¡Insensato desvarío!

Ni siquiera puede alegarse que se ha ejercido una represalia. Recuérdese lo que ha pasado desde que el clero comenzó á derrochar los fondos de la Iglesia en promover asonadas para defender sus fueros y privilegios, y se verá que desde el primer pronunciamiento de Puebla, los heridos del enemigo fueron siempre sagrados para los liberales, y los trataron perfectamente en sus hospitales; que ni uno solo de los cabezillas de la reaccion dejó de caer prisionero, y á todos se les vió con clemencia. Osollo, herido en

la Magdalena y prisionero se mostró reconocido á la generosidad y benevolencia con que lo atendió el general Parrodi. Miramon fué aprehendido mas de una vez, Mejía fué derrotado y prisionero, Cobos y otros muchos tuvieron la misma suerte, y aunque habia leyes que los declaraban reos de muerte, hubo para ellos indultos y clemencia. Por lo demas, ¡cuántos reaccionarios salvados en el mismo campo de batalla por los liberales! Se les han concedido capitulaciones; han quedado libres, jurando no hacer armas contra la constitucion, y ellos han violado sus juramentos. En Tampico los mismos Corona y Márquez han caido en poder del Gobernador Garza, quien oponiéndose á las exigencias populares, se negó á pasarlos por las armas.

No esperamos la misma conducta del partido conservador que parece dispuesto á extinguir todo sentimiento de humanidad. Recordamos estos antecedentes, (1) solo para que contrasten con el crimen de Tacubaya, y no por eso queremos que el partido liberal deje de ser generoso y magnánimo, una vez que jamás debe seguir las huellas de su antagonista sin suicidarse. No, los liberales no pueden ser asesinos, no pueden reproducir la carnicería del dia 11, porque para ellos no es, como para la reaccion, crimen la ciencia, delito la caridad, abominacion la filantropía! No, el partido liberal jamas verterá la sangre del médico que, cumpliendo su santa mision no piensa en salvarse, sino que á riesgo de su vida permanece en el teatro del combate por no abandonar á los desgraciados que reclaman el auxilio de la ciencia. No, el partido liberal no extinguirá jamas con la muerte los sentimientos de caridad y de abnegacion que germinan en el corazón de la juventud, ni tendrá como delitos la virtud y la generosidad. No, el partido liberal jamas entregará al verdugo cabezas de niños, cabezas llenas de genio y de esperanza que un dia darían honor á la patria. No, el partido liberal jamas en sus triunfos hará una cacería de hombres para esterninarlos en castigo de sus simples opiniones. No, el partido liberal que proclama la libertad de conciencia, jamas se interpondrá entre Dios y el alma humana para negar al moribundo los postreros auxilios de la religion, como si la venganza se pudiera llevar mas allá de los linderos de este mundo! No, el partido liberal jamás seguirá el bárbaro ejemplo del 11 de Abril, porque el partido liberal creó en

(1) Cuando fué ocupado San Luis Potosí el 30 de Junio del año pasado por el Ejército del Norte, no se hizo mas ejecucion, á pesar de haber caido prisioneros un general, varios gefes y oficiales y multitud de tropa, que la que tuvo lugar en la persona de José María Castillo, sirviendo en la ambulancia del mismo ejército del Norte, que á sangre fria dió muerte, aprovechando la confusion que reinaba en los momentos de la ocupacion de la plaza á viva fuerza, el practicante Lucas Espinosa que curaba los enfermos del enemigo en el hospital de San Juan de Dios. San Luis fué testigo de esta ejecucion, que nadie podrá desmentir.

Dios y tiene ideas de justicia, de clemencia, de humanidad, y no quiere deshonrarse ante el mundo civilizado.

III.

Desde el 10 de Abril trabóse una batalla en las lomas de Tacubaya, y el general Degollado resolvió emprender una retirada, señalando una corta sección que resistiera el empuje de los soldados de la guarnición de México. Esta sección combatió con valor hasta agotar sus municiones; la villa fué invadida, el palacio arzobispal ocupado por los soldados de la reacción, que viendo vencidos á sus enemigos les hicieron fuego y los lancearon en todas partes, sin hacer distinción entre los heridos.

Algunos gefes y oficiales quedaron prisioneros al terminar la acción del 11. Los heridos no pudieron seguir la retirada, y quedaron hospitales improvisados en el arzobispado y en algunas casas particulares. Con ellos quedó el gefe del cuerpo médico militar del ejército federal y tres de sus compañeros que creyeron inhumano y desleal abandonar á hombres cuyas vidas podrían salvar, cuyas dolencias podrían mitigar.

Un día antes de la acción, se supo en México que eran muy pocos los profesores que venían en el ejército federal, y que esta escasez podía hacer mucho más funestos los resultados de una batalla. Esta noticia hizo que algunos jóvenes estudiantes formaran y llevaran á cabo el noble proyecto de ir á Tacubaya, á ayudar gratuitamente á los facultativos, y á cuidar y operar á los heridos de los dos ejércitos.

Terminada la acción varios vecinos recorrían el teatro de la batalla para informarse de lo ocurrido y auxiliar á los moribundos.

Otros jóvenes llegaban en aquel momento á la población, viniendo de tránsito para México á completar su educación.

La contienda habia concluido; contienda entre compatriotas y hermanos, no quedaba para el vencedor mas que el triste y piadoso deber de curar á los heridos, de sepultar á los muertos y endulzar la suerte de los prisioneros: esto habria hecho cualquier caudillo que hubiera tenido de su parte el derecho y la legitimidad. Pero pocas horas antes habia llegado á México D. Miguel Miramon, como primer disperso del ejército que anunció iba á tomar á Veracruz, y retrocedió espantado de los muros de aquella heroica ciudad, sin haberse atrevido á atacarla. Humillado, caído en el ridículo, prófugo, quiere vengar los desastres que debe á su impericia, y vuela á Tacubaya. El génio del mal, el demonio del estermio y del asesinato, cayó sobre aquella población!

Durante el desorden de la ocupación de la Villa, se oían tiros por todas partes. Unos huían, otros se defendían vendiendo caras sus vidas, otros sucumbían; pero, aunque desigual, habia lucha todavía.

Miramón reúne en San Diego á Márquez, Mejía y Orihuela; sabe allí los nombres de algunos de los prisioneros, y estos tres hombres reunidos en un claustro, decretan la muerte de todos los vencidos y de cuantos encuentren en su compañía. Estos tres hombres pronuncian el *vae victis!* de los tiempos mas bárbaros. Varios gefes palidecen al recibir las órdenes de los asesinos; pero hay cobardes que se encargan gustosos de la ejecución de la matanza.

Los soldados caen sobre los heridos; penetran hasta los lechos que les ha preparado la caridad, y allí los acaban á lanzadas, animados por la voz de Mejía.

Los médicos, pocas horas antes, habian dicho á un oficial que estaban prestando socorros urgentes á los heridos. El oficial les dijo que hacían muy bien en cumplir con su deber, y desde entonces los auxilios de la ciencia se impartieron por ellos sin distinción, á liberales y reaccionarios.

Llegó la noche y comenzó á cumplirse la orden de los gefes de asesinos.

En el jardín del arzobispado sucumbió la primera víctima, el general D. Marcial Lazcano, antiguo militar que acababa de batirse con un valor admirable, y que al ser conducido al suplicio, fué insultado por oficiales que habian sido sus subalternos, y á quienes habia corregido faltas de subordinación y disciplina. El general les dijo: „Hay cobardía y bajeza en insultar á un muerto.” Le intimaron que iba á ser fusilado por la espalda como traidor, él opuso resistencia; pero despues dijo: „No soy traidor: solo por mi familia siento la muerte, por lo demas, me resigno á mi destino.” Tomó un vaso de agua, y cayó atravesado por las balas del pecho y de la cabeza.

Inmediatamente corrieron la misma suerte el

Coronel D. Genaro Villagran.

Coronel D. J. María Arteaga, escribano.

Capitan D. José López.

Teniente D. Ignacio Sierra.

Los cuatro murieron con valor, y fueron fusilados por la espalda; los cuatro animaron á sus verdugos, diciéndoles que no temblaran al hacerles fuego. Villagran era un militar pundonoroso é inteligente, que habia sufrido largas prisiones por su amor á la causa democrática, y que se distinguió muchísimo en la guerra americana. Arteaga, hombre que vivía del ejercicio de su profesión, no pertenecía al ejército permanente; como gefe de guardia nacional sostuvo la constitución, y fué fiel á su bandera. ¡Y estos hombres mueren como traidores! ¡Y les infieren este ultraje Miramon, que comenzó su carrera por vender y traicionar á su protector Benavides, por traicionar al gobierno que acababa de ocuparlo; Márquez, perpetuo fautor de asonadas, y Me-

ja el terror de la Sierra, alzado siempre contra todos los gobiernos, y violando siempre sus juramentos!

IV.

Los médicos oyeron los tiros, conocieron lo que pasaba, y sin embargo seguían haciendo vendajes y practicando amputaciones. Hubo quien dijera á D. Manuel Sanchez que huyera; y él, mostrando un instrumento quirúrgico que tenía en la mano y el enfermo á quien operaba, dijo: „No puedo abandonarlo.”

La soldadesca llega hasta las camas de los heridos, arranca á los médicos y á los estudiantes de las cabeceras de los pacientes, y un momento despues caen acribillados de balas:

D. Ildefonso Castillo Portugal.

D. Gabriel Rivero.

D. Manuel Sanchez.

D. Juan Duwal (súbdito inglés.)

D. Alberto Abbott (practicante.)

Portugal pertenecía á una de las familias mas distinguidas de Morelia, era notable por su ciencia y por su filantropía, y era primo hermano de D. Severo Castillo, el llamado ministro de guerra de Miramon.

Rivero ejercía las funciones del gefe del cuerpo médico del ejército federal, y no quiso retirarse cuando salieron las tropas.

Sanchez fué el que permaneció al lado de los enfermos aunque se le advirtió el peligro que corría.

Duwal era un hombre estimado por su caridad, por la conciencia con que ejercía su profesion y que jamas se habia filiado en nuestros bandos políticos.

Con estos hombres eminentes, que así terminaron una carrera consagrada á la ciencia y á la humanidad, perecen los dos estudiantes:

D. Juan Diaz Covarrubias.

D. José María Sanchez.

Diaz Covarrubias tenía 19 años; era hijo de Diaz, el célebre poeta Veracruzano, su aspecto era simpático, en su frente se veían las huellas prematuras del estudio y de la meditacion. Estaba para concluir los cursos de la escuela, y consagraba sus ocios á cultivar las bellas letras. Es autor de varias novelas de costumbres y de poesías líricas que revelan una alma pura, sensible y ansiosa de gloria. Todas sus ilusiones juveniles, todas sus esperanzas se estinguieron cuando le anunciaron que lo llevaban á la muerte. Este jóven, este niño, pidió que se le permitiera despedirse de su hermano; los verdugos le dijeron que no habia tiempo. Quiso escribir á su familia; los verdugos le dijeron que no habia tiempo. Pidió un confesor, los verdugos

le dijeron que no habia tiempo. Entonces el poeta regaló su reloj al oficial que mandaba la ejecucion, distribuyó sus vestidos y el dinero que tenía en los bolsillos entre los soldados; abrazó á su compañero Sanchez; y resignado y tranquilo se arrodilló á recibir la muerte. El oficial dió con acento ahogado la voz de fuego, y los soldados no obedecieron; la repitió dos y tres veces, y al fin solo dos balas atravesaron el cuerpo del jóven; solo dos hombres dispararon sus armas. Los soldados lloraban; Diaz Covarrubias agonizante fué arrojado sobre un monton de cadáveres; algunas horas despues aun respiraba... Entonces lo acabaron de matar, destrozándole el cráneo con las culatas de los fusiles!

El mundo calificará estos horrores, que jamás habia presenciado ni en las guerras mas encarnizadas. Se ha visto entrar á saco á los ejércitos en país enemigo; se ha visto el incendio de las ciudades; se han visto actos de crueles represalias; pero ni en los tiempos bárbaros, ni en la edad media, ni en las conquistas de los musulmanes, ni en la guerra de Prusia en Polonia, ni en la del Austria en Italia y en Hungría, ni en los desastres de los carlistas de España, ni en la actual sublevacion de la India, se han encontrado bárbaros que arranquen de la cabecera del enfermo al médico para asesinarlo. A los ojos de ningun tirano ha sido delito curar al herido; el médico de ejército no se considera como prisionero, jamás es permitido disparar contra la bandera blanca de los hospitales de sangre en medio de la guerra, los hombres todos respetan ciertas reglas de humanidad, cuya observancia es la gloria del valor. A nuestro siglo, á nuestro país estaba reservada la triste singularidad de ofrecer un espectáculo tan inhumano, tan cruel, tan salvaje, que hace retroceder la guerra á los tiempos de Atila y de los Hunos.

Los médicos asesinados en Tacubaya, son mártires de la ciencia y del deber. Sus verdugos, que defienden los fueros de clérigos y frailes, han atropellado los fueros de la humanidad, las leyes de la civilizacion, los preceptos del derecho de gentes sancionados por los pueblos cristianos.

V.

Quienes así trataron á los que estaban salvando á sus heridos, ¿de quien habrán de tener piedad?

El Licenciado D. Agustín Jáuregui estaba tranquilo en su casa de Mixcoac, al lado de su esposa y de sus hijos, sin haber tenido la menor relacion con los constitucionalistas. Era hombre que si bien deploraba los males del país, estaba esclusivamente consagrado á su familia. Un infame, cuyo nombre ignoramos, lo denuncia á Miramon como hombre de ideas liberales, y esto basta para que lo mande aprehender.

Jáuregui tiene aviso de esta denuncia; duda, nada teme, sus deudos le aconsejan la fuga; pero era ya tarde: una gavilla de soldados se apodera de él y maniatado es conducido á Tacubaya. No se le pregunta siquiera su nombre; es llevado al matadero, y cae fusilado como los otros.

¿Cual era su delito? ¿De que se le acusaba? Nadie lo sabe.

VI.

Entre los prisioneros estaba D. Manuel Mateos, jóven de veinticuatro años, que hace un año se recibió de abogado, y tenia felicísimas disposiciones para el cultivo de las letras, habiéndose desde niño dado á conocer por sus poesías, que respiraban un entusiasmo patriotismo y en que cantaba las glorias de nuestros primeros héroes.

Este jóven valeroso, instruido é inteligente, habia combatido varias veces contra la reaccion, hacia pocos dias que, despues de haber sufrido una larguísima prision, se habia incorporado al ejército federal.

Llevado al suplicio, camina sin temblar, indaga quiénes han muerto antes que él: cuando quieren fusilarlo como traidor, se irrita, forcejéa para recibir las balas por delante, y arenga á sus verdugos diciéndoles: que, *los perdóna porque no saben lo que hacen, cuando consienten en asesinar á los que luchan por darles la libertad; hace votos por que su sangre no sea vengada, dice no le aterra la muerte, porque ha cumplido con sus deberes de mexicano, y acepta gustoso el sacrificio de su vida.* . . . Sus palabras son interrumpidas por las balas que le hieren el pecho; un oficial ha tenido miedo de que siga hablando, y le manda hacer fuego antes de tiempo. ¡Mateos cae, y espira victoreando la libertad!

Cuando este jóven fué como voluntario á la campaña de Puebla y estuvo en la batalla de Ocotlán, en medio de la confusion de aquel dia, descubrió á su lado á unos oficiales reaccionarios que estaban perdidos. Mateos se acerca á ellos, les estrecha la mano, los viste con el uniforme de los rifleros, cede á uno su caballo, y así los salva, trayéndolos á México y ayudándoles á ocultarse mientras pueden obtener el indulto. Uno de los oficiales así salvados por Mateos, era ayudante de Haro y Tamariz!

¡Y hombre tan generoso parece así en la flor de su edad sin encontrar un corazon amigo!

VII.

De uno en uno, ó en pelotones mas ó menos numerosos, sigué

la matanza: con cortos intervalos siguen las descargas de los fusiles, y con episodios mas ó menos terribles, mas ó menos patéticos, mueren:

D. Teófilo Rodriguez.
D. Gregorio Esquivel.
D. Mariano Chavez.
D. Fermin Tellechea.
D. Andres Becerril.
D. Pedro Lozano Vargas.
D. Domingo López.
D. José María López.
D. Ignacio Kissler. (Italiano.)
D. Miguel Nerwis. (Italiano.)

Otro italiano cuyo nombre se ignora, y otros mexicanos hasta completar el número de CINCUENTA Y TRES.

Entré estas víctimas se oyen crueles despedidas, gritos de los que pedían un confesor, plegarias dirigidas á Dios, y vítores á la libertad. Algunos habian sido prisioneros, otros no tenían mas culpa que estar cerca del teatro de los sucesos; unos eran artesanos, otros labradores, muchos quedaron con los rostros tan desfigurados, que nadie ha podido reconocerlos.

¡Mártires sin nombre, pero cuya sangre no dejará por esto de caer sobre las cabezas de sus asesinos!

Entre los testigos de esta tragedia, muchos lloraban, y á veces soldados y oficiales, abrazaban á las víctimas. . . .

VIII.

Y no es esto todo. Dos niños venian del interior, y se detuvieron en Tacubaya por no poder entrar á la capital. La curiosidad, propia de su edad, les hizo salir á la calle; eran rubios, y esto bastó para que fuesen conducidos al matadero.

Eran dos hermanos: uno de diez y siete años, y otro de quince, hijos de un americano llamado Smith, y de una señora mexicana. Nada valieron sus protestas de inocencia, nada sus lágrimas, nada sus gritos llamando á su madre. . . . Se les hizo arrodillar, y se les atravezó á balazos. . . . Otro niño de diez años fué hecho pedazos á lanzadas, porque llevaba puesta una blusa.

IX.

Los soldados estaban cansados de asesinar, y sus oficiales creyeron que para un dia eran bastantes cincuenta y tres víctimas, se